

VILLA AGUSTINA

Llegaron a Villa Agustina, un pueblo pequeño y de pocos habitantes, llenos de polvo y todos transpirados. Tenían el pelo largo, revuelto; Fernando y Agustín Colombres peinaban unas largas rastas y colgaba de sus hombros la guitarra.

Eran los cinco miembros de un grupo roquero al que habían llamado “Muriendo por Vos”; dos guitarras; una batería, Augusto Méndes; el teclado a cargo de Pancho Artessi; y Mauri Guitti, el cantor, presentador y cara bonita del grupo.

La camioneta en que se transportaban dijo basta; se había terminado el combustible justo en la entrada del pueblo. de modo que decidieron bajar y ver si conseguían comida y divisaban alguna estación de servicio.

Tomaron una calle, al parecer la principal porque se veían algunos negocios con carteles descoloridos. Pasaron por una línea de casas iguales, envejecidas, con el revoque saltado y la pintura descascarada, no había ni un cartel promocionando a la banda y los invadió la decepción por lo poco prometedor del pueblo.

Los había contratado en la capital un puntero político, Abelardo Estrada, asesor del intendente de la Villa y era una de las primeras actuaciones fuera de Mar del Plata, su lugar de procedencia, donde apenas los conocían.

Debían tocar en el parador “Los Barrancos”, la playa cercana, pero para eso sería necesario llegar a pie, acarreando los instrumentos bajo el agobiante sol del mediodía.

Pasaron por la Unidad Básica “Perón Vuelve”. La P dentro de la V. Casi ninguno había visto alguna vez ese emblema, y Augusto, el percusionista, les aclaró de qué se trataba. Parecía que había quedado luego de la revolución del cincuenta y cinco, como señal de la larga resistencia peronista después de la “Revolución Libertadora”.

Luego bromearon con el nombre de una peluquería para mujeres, “Ondas y Lacios”, y quién sería el primer cliente luego de este esfuerzo y con esta mugre. Continuaron la marcha por veredas desparejas, casas con jardines sin flores y algunos perros durmiendo a las escasas sombras. Cuando creían que se acababa el mundo llegaron a un comedor tan solitario como el pueblo.

Un pizarrón en la puerta anunciaba el plato del día: “Maruchita al horno con verduras”. Entraron ansiosamente mostrando en el rostro y en todo el cuerpo la necesidad de descansar y comer.

Se sorprendieron al ser atendidos por la dueña del restaurante, una mujer, entrada en años, que hacía de moza, cocinera y cajera mientras murmuraba puteadas a su marido que la había abandonado por una pendeja audaz. Edith Barembaum recordó a Yanina Cortés, de unos maravillosos veinte años y un llamativo par de tetas. Se había apropiado no sólo de su marido, sino que gracias a sus influencias había conseguido un importante puesto en una multinacional, saliendo del agujero inmundo de Villa Agustina.

A pesar de su mala onda, los muchachos convinieron que era una excelente cocinera. La Maruchita estaba espectacular, la regaron con el “vino de la casa”, se repitieron y se

percataron que tendrían que esperar para seguir la caminata, que luego de la comilona se veía más pesada.

Cuando caía la tarde, reiniciaron la marcha, quince kilómetros los separaban del “El Barranco” y había que andar por un sendero bastante escarpado para llegar al parador.

Por fin llegaron, y aún no estaba abierto. Dejaron los instrumentos en un tablado, que al parecer haría de escenario, se sacaron la ropa y desnudos se metieron al mar.

Fue un momento reparador, el agua helada volvió a energizar los músculos, a despejarlos, y ahora sólo esperaban poder actuar, dormir en una cama y cenar alguna cosa. Mañana sería otro día.

Si no había otra, volverían al restaurante de la mujer resentida y le pedirían alojamiento y comida.

Si Abelardo, aquel puntero político que los contrató, no los cagaba y la gente los aceptaba, podrían decir que el debut en este pueblo perdido había sido un éxito.

Ya cerrada la noche, apareció un encargado, que prendió las luces, ajustó los parlantes y con voz típica de anunciante pueblerino, se dirigió a los habitantes de lugares aledaños, invitándolos al FABULOSO RECITAL DE LA BANDA MARPLATENSE, “MURIENDO POR VOS”. Entre todos, acomodaron las tablas del escenario, dispusieron los parlantes, afinaron instrumentos y se dispusieron a esperar.

Llegó Abelardo, el contratista, era un morocho voluminoso, con el pelo liso, como engominado y su camisa abierta dejaba ver una gruesa cadena dorada, metal cuyo brillo que se extendía a varios dedos de sus manos. Parecía escapado de alguna película de gansters, quizá de “El Padrino”, se rieron entre murmullos. Les dijo que dormirían en el subsuelo del parador, allí encontrarían camas y cobijas, y hasta una heladerita con alimentos.

Apareció también el intendente de Villa Agustina, se sentó con su asesor y pidieron unas cervezas al mozo que había arribado junto a otros dos en un modesto “Rastrojero”.

Augusto se preguntó si no estaban delirando al colocar tantas mesas y sillas, si tres mozos no eran demasiados para servir a tan poca gente y si las esperanzas en el poder de convocatoria de su banda no eran exageradas.

Abelardo fumaba un puro y reía, él sabía lo que “El Barranco” necesitaba, un lugar así, con música, bebidas y espacio para una juventud que moría de aburrimiento en estas soledades.

Y primero lentamente, y luego casi atropellándose, fueron apareciendo una centena de personas, entre chicas, muchachos y algunos no tan jóvenes.

Comenzaron a tocar y los aplaudieron a rabiar, los espectadores hicieron pogos cuando ejecutaron algunos temas tradicionales y hasta festejaron algunas canciones propias.

El intendente algo picado, le dijo a Abelardo: “Estás construyendo una nueva Villa Gessel”, y éste sonrió mirando de soslayo a los muchachos mientras pensaba: “no sabés lo barato que salió todo”.

Pero a los músicos no le importó el esfuerzo para llegar, el lugar para dormir, lo limitado de la comida, ni los pocos pesos que cobrarían. Sólo tenían en sus oídos los sonidos de las

palmas, los silbidos y los gritos de júbilo de este público que los recibía con los brazos abiertos. Villa Agustina los había conquistado para siempre, y cada verano volverían.